

Sintoma 

Eterna verdad de una constante mentira

Todos hemos soñado alguna vez en un mundo convertido en otro paraíso, donde el bien acabara con el mal y en que los hombres, libres de pecado, sintieran la vergüenza de haber andado tantos siglos en plan de combatientes en las mil y una querellas que nos dicta la malquerencia.

Pero pese a nuestros sueños, la vida sigue siendo estúpida y prosaica a la par de nosotros condenados a malgastar un tiempo precioso que Dios puso en el haber de la humanidad como digno de ser catalogado entre nuestras grades riquezas y tesoros.

Pongan en marcha, por ejemplo, cualquier iniciativa y enseguida verán lo copioso que resula el número de salteadores que esperan apuñalarla en el camino. Todos dirán que actúan con la mejor buena fe, y es chocante ver como hacen protestas de honradez los más conspicuos malabaristas, aquellos que colgados del gran trapecio de la vida se columpian hacia el sol que más caliente para acabar haciendo blanco en la diana del bolsillo mejor nutrido. Eso por un lado. Ya que por el otro, hay que contar igualmente con ese coro de envidiosos en el que entran los que por todas partes vegetan con el cerebro o el corazón a treinta grados bajo cero.

De todos modos, existe una providencia, que es la que en suma corresponde siempre pronunciar la última palabra.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
24 MAYO 1956

Núm. 435

Año IX

Amorosa

HECHO SIN TOMA

En Correspondencia

Con razón se nos podrá tildar de contumaces. Perdón hemos de pedir por ello al benévolo lector. Hay que ver a lo que nos conduce este nuestro irreprimible vicio de querer confiar siempre nuestras impresiones a la letra de molde. Hasta a llegar a desdecirnos de nuestros bien meditados planes de voluntario silencio. Pero, en fin, todo sea a mayor obsequio de nuestro querido San Feliu.

Es que, por si acaso de ello éramosle deudores, queremos apresurarnos a despedir—con la mejor de nuestras sonrisas, ¿y por qué no?— al culto redactor de este semanario, señor J. V. A.; quien, reclamado al parecer por otros más perentorios quehaceres particulares, se ausenta de nuestra ciudad rumbo a sus un tanto adustas pero feracísimas tierras leridanas, aquellas que tan inspiradamente supo cantar y enaltecer con su docta pluma el eminente hombre de letras, de bellas letras, que fué Don Magín Morera y Galicia, espíritu de una excepcional finura capaz de captar toda la generosa gama de armonías que evidentemente se esconden en la rústica, sí que también épica y prócer, lira ilerdense cuando son unos ágiles dedos los que, acariciándola, saben pulsarla con filial, entronable afecto.

Gracias, en primer lugar, hemos de dar a los guixolenses a cuantos, como el señor J. V. A., un buen día aquí arribaron, vieron, sintieron y libremente dedicáronse a enjuiciarnos, haciéndolo claro está, a través de su respectivo peculiar temperamento, de su propia capacidad de reacción personal, como no podía ser de otro modo so pena de caer en deliberada mixtificación o en baja adulación, actividades ambas impropias de quien aspira a hacer de la verdad, de su verdad, un digno y constante culto, siendo ya por ello sólo, merecedor de todo respeto.

Sinceramente, pues, queremos desear al que ahora auséntase de nuestros lares, toda suerte de éxitos y felicidades personales. El deja—digámoslo con sus propias palabras— un amable ambiente «donde la piel triunfa» y «la risa brota», para irse a sumergir en otro, bastante menos incitante, en el que más bien predomina es «la parda mancha de las ropas» y en cuyo dintorno «la furtiva carcajada se esconde»; es decir, sana alegría y franca espontaneidad en abierta contraposición con étnicas características de severidad y reserva

de inevitable opaco tono.

Vuelto ya a enraizar en su nativo rincón que, sin duda y sobre todo para él, también tendrá mucho de ese «hechizo permanente» que, con notoria exageración, se persiste en afirmar que nosotros los guixolenses pretendemos monopolizar a beneficio exclusivo de nuestra ciudad, puede que tenga el señor J. V. A. tiempo y ocasión sobrados para poder ir desentrañando poco a poco, ayudado quizá por la mágica fuerza evocadora del recuerdo, el «misterio» de esa alma de nuestro San Feliu que a él, según paladinamente nos declara, hásele antojado extraña e inaprehensible.

¿De veras extraña e inaprehensible el alma—que tantos otros reputaron diáfana de puro abierta, risueña y generosa—de San Feliu? A raro forzosamente han debido de sonarnos, por lo menos, adjetivos tales. Pero, en fin, así hemos de creer que se le ha mostrado a quién publicamente los ha usado. Todo es cuestión de apreciación personal, interviniendo, claro está, el peso del inevitable lastre subjetivo que todos en el fondo acarreamos. Y así como a nadie le es dable ver a través de los ojos del vecino, tampoco es posible experimentar impresión alguna, ni buena ni mala, con la ajena sensibilidad.

El señor J. V. A. querrá excusar nuestra franqueza, como nosotros ya hemos tenido que admitir antes la suya, pero es que, pecando tal vez de ingenuos, habíamos llegado a creer de buena fe que, no ya una larga convivencia de años, sino el breve lapso de unas simples vacaciones estivales, de unas contadas horas de esporádico contacto con la retadora, sorprendente luminosidad de nuestros parajes marineros, con el gayo verdor de nuestros pinares que el juego incesante y voluble de los vientos peina y despeina y con la contagiosa llaneza de nuestro temperamento mediterráneo, sin puertas ni límites que lo constriñan y oscurezcan, constituían imán con fuerza más que suficiente para crear y anudar todo lazo de auténtica, agradecida amistad sin la menor reserva en quien nos visita y con nosotros llega a compartir, en paz y buena compañía, el pan y la sal, gozado todo en el amplio y generoso marco de nuestra ya proverbial hospitalidad.

Sabido es, sin embargo, que no todo en este desquiciado mundo donde a la notoriedad tanto sacrificamos, puede ser a gusto de

(Termina en la página 8)